

Juan José **PLANS**

BABEL DOS



Comenzó de alguna forma imprecisa, en algún punto olvidado. Alguien disparó el primer tiro, que fue contestado con la primera bomba. Poco a poco se fue extendiendo la guerra hasta convertirse en un holocausto total.

El mayor problema fueron los contaminados por la radioactividad. Para ellos, para esos monstruos deformes, apenas sombras de seres humanos, se creó **Babel**, la ciudad de los desterrados, de los indeseados, de los más temidos, allá en la Luna.

Al embarcar en la nave, los contaminados suspiran con alivio y esperanza: para ellos la guerra ha terminado. Pero ¿ha terminado realmente?

Babel Dos, la última consecuencia del instinto de autodestrucción no tardaría en surgir para dar el paso al dominio de unos seres que tampoco lograrían asimilar la paz...

PRÓLOGO

Los autores de ciencia ficción no dicen: «Esto es lo que va a suceder», sino que dicen: «Esto es lo que posiblemente sucederá, y si no os gusta, haced algo ahora que estáis a tiempo, porque mañana puede ser demasiado tarde».

ISAAC ASIMOV

Juan José Plans quiere creer en el hombre, pero no puede hacerlo. Pero Juan José Plans cree apasionadamente, irremediablemente, en la eternidad.

Por su creencia absoluta en la naturaleza eterna, Juan José Plans siempre termina creyendo en el hombre como fuerza incombustible.

El hombre, para Juan José Plans, es un demonio que anhela fervientemente acercarse a Dios, gozar de Dios, ser Dios mismo.

Para mí, este autor, reputado como uno de los más firmes valores de la literatura de ciencia ficción, es, además, o casi fundamentalmente, un autor metafísico, un cronista del sufrimiento cósmico.

Comparto con Juan José Plans su pasión por la eternidad.

Creo, como él, que podemos ser consecuencia de múltiples cataclismos. Estoy convencido de que nuestra grandeza, sólo es tal para la profundidad de nuestro ombligo, pero ello debe de ser valorado con la misma intensidad como si de la propia eternidad se tratase, ya que para nosotros mismos, somos y debemos ser lo más amado del universo.

Evidentemente que no es así.

Juan José Plans capta lúcidamente el dolor y el caos que nos rodea y tiene la habilidad de ofrecérselo a nivel de pesadilla.

Es sobrecogedor acompañar a Juan José Plans a esta BABEL DOS. Más de una vez nos vienen deseos fuertísimos de abalanzarnos sobre este cronista despiadado y tirarle de las orejas, de los párpados, de la nariz y sacarlo a la noche estrellada, o a la pradera verde, o al regato frondoso y gritarle desesperadamente que todo eso aún está a nuestro alrededor. Luego, inundados de furor sagrado, nos entran imperiosos deseos de llevarle a empujones hasta las orillas del metro, hasta los parques infantiles, hasta el trepidar del asfalto y mostrarle que hay niños, que hay jóvenes besándose, que hay viejos caminando arrobados hacia su recta final.

Pero...

Una vez que el cabreo pasa y seguimos leyendo y seguimos reflexionando y observamos desde los periscopios sociales lo que ocurre en nuestro mundo... el terror vuelve a nosotros parsimoniosamente y Juan José Plans se nos antoja profético de atrás para adelante, de adelante para atrás.

Aún queda esperanza, sí, aún queda esperanza; pero este aviso de Juan José Plans termina siendo convincente: no perdamos más tiempo.

JOSÉ LUIS CASAS.

PRIMERA PARTE

¡Matar
matar
hasta que no haya
nadie a quien
—ni yo
ni tú—
matar
matar!
(Canción de cuna).

1

—A 5 m. 15 s. de Objetivo FK-28 =

MUERTE

Las sirenas, con su canción de alarma, alertaron a la ciudad.

Mientras los habitantes buscaban refugio en las entrañas de la urbe, mientras las armas apuntaban hacia aquel lugar del grisáceo cielo por donde se suponía que no tardarían en aparecer los rugientes pájaros metálicos, mientras los computadores programaban órdenes que eran recibidas en los puestos defensivos por medio de pantallas de televisión, mientras unos esperaban comenzar a divertirse y otros esperaban comenzar a sufrir, un hombre murmuraba:

—Maldito, maldito sea el juego de la guerra.

Era Barsén, que desde hacía tiempo ya no sabía si amaba u odiaba a la humanidad.

(—Pero, yo también soy humanidad. Los pecados de la humanidad, son mis pecados. Porque, para combatir la violencia, he usado de la violencia. Es posible que nadie sea culpable, pero tampoco nadie es inocente. Todos, de una forma o de otra, participamos en el juego de la guerra, el más peligroso y abominable juego que hayamos podido inventar los hombres).

Sacó una tarjeta de su bolsillo, una tarjeta perforada en el ordenador de reclutamiento de su ciudad. Volvió a leerla, lentamente, pensando en el verdadero valor de cada una de las pocas palabras de aquel frío mensaje:

«Barsén, D. E. Hora: 7 m. Servicio: Transporte».

Y la fecha.

(—Barsén —se dijo—, ya estás en la lista, ya formas parte del incontable número de seres que han de matar y morir. Porque, lo que es vivir... ¡Qué poco nos debe gustar el vivir! —ironizó).

Las sirenas dejaron de cantar tras un prolongado y agonizante silbido. Se hizo el silencio, un expectante y denso silencio.

(—A partir de las siete horas de mañana, lucharás contra el enemigo. El enemigo... Pero ¿contra qué enemigo? Porque, ahora, ya comenzamos a ser todos enemigos de todos. Bueno, será contra el que esté frente a uno, contra el que avance en dirección contraria, contra el que venga de otra parte, contra... uno mismo. Porque, si la humanidad lucha entre sí, se destruye entre sí, es como si no tuviera más enemigo que ella misma. Por más que lo intento, sigo sin entenderlo, sin entender nada, sin comprender el porqué de todo esto. Es así, y así hay que aceptarlo. ¿O no? ¿Hay que rebelarse, hay que protestar, hay que gritar? Lo hice, lo hicimos muchos. ¿El resultado? Ser detenidos, ser encarcelados. Y sólo pedíamos, sólo pedía paz. «¡Paz!», gritaba hasta quedar sin voz. Pero, nadie quiere esa paz...).

Lejanos llegaron los rugidos de los pájaros metálicos. Barsén miró al cielo. Venían como formando una bandada.

—Son aviones, aviones cargados de muerte.

Barsén no buscó refugio. Permanecía en su pequeño y mimado jardín. Practicaba un injerto a un árbol.

(—Hay luz, pero no sol. Siempre esas nubes grisáceas, sucias, contaminadas. Como el mar, que ya no es verde, ni azul. Como la tierra, cubierta por un polvillo negruzco. No obstante, aquí está mi jardín. Un superviviente. Ahora sólo puedo ejercer mi oficio de jardinero en mi propio jardín. Porque la ciudad se ha quedado sin ellos. Eran buenos lugares, estratégicos, para colocar armas. Armas poderosas, gigantes, pesadas).

Los aviones estaban más próximos. Unos sonreían, otros lloraban. Según el papel que tuvieran en la apocalíptica guerra. Pronto se iniciaría la batalla, una batalla más de las muchas que había en el mundo al cabo del día. Después, el mismo censo de siempre. Más muertos, más heridos, más devastación...

(—Pero ningún vencedor. Porque, ¿qué hombre puede proclamarse vencedor dando muerte a otro hombre? Ha matado a otros como él... Y los que son como él forman la humanidad. Es como si hubiera arrancado una parte del cuerpo de la humanidad. Un pedazo, y otro pedazo, y otro pedazo... Hasta que no haya cuerpo, ni mente... ni nada. Quizá lo que queramos sea eso: nada. Uno no puede considerarse victorioso cuando lucha consigo mismo. Y sí, en cambio, puede considerarse derrotado, por el mero hecho de luchar contra sí mismo, contra los que son como él. Estamos despedazando a la humanidad... ¡Es el maldito juego de la guerra! —y Barsén notó que sus manos se le crispaban, estando a punto de romper el injerto).

Los aviones llegaron a la ciudad. De sus vientres comenzaron a caer centenares de bombas, los cañones respondían con su fuego.

(—La guerra se inició cuando... No, realmente, siempre hubo una guerra, algunas guerras, sin ningún momento de paz, sin darse el mundo un descanso. Pero hubo una que desencadenó la presente. No se trataba de unos cuantos contra otros cuantos. Se trataba de muchos contra muchos. Hasta ser mundial, total. Alguien, desesperado, utilizó las armas nucleares. Después, los demás... Y así, así hasta el final. Mi jardín debe continuar, tiene que supervivir. Un mundo devastado, pero con un jardín, por muy pequeño que sea. Para que otros sepan que también, en su día, hubo amor...).

Los aviones, los aparatos que no habían sido derribados, se alejaron. Pero las armas instaladas en la ciudad continuaron disparando, redoblaron sus esfuerzos. Porque, en

el cielo, llegaba un avión de color negro, distinto. Era el que traía la más aterradora de las cargas. Los otros tan sólo habían servido para franquearle el camino.

Barsén continuaba con su injerto cuando desaparecieron todos los sonidos. Se hizo un total e imposible silencio. Y una cegadora luz.

Barsén se sintió lanzado por los aires, proyectado, como si su cuerpo se desintegrara. Fue como si todas las tormentas se hubieran hecho una, como si todos los huracanes se hubieran hecho uno. Y Barsén voló, voló muy alto, hasta caer en alguna parte, como si hubiera estado navegando por espacios infinitos y por un tiempo eterno.

Rojo, todo era rojo a su alrededor. También él era rojo, como aquel hongo que se elevaba más allá de las cenicientas nubes.

Sintió el fuego.

Él era fuego.

Ardía.

Como una llama humana.

Y la llama gritó:

—¡Malditos!

2

Ordenador TFxR200.A-3. Informe: Barsén, D. E.
(—Cent. Méd. —Aisl. 5002 —Hab. 7-15).
Orden C / T.S. / 738:

BABEL

Barsén, internado en un centro médico, no dejó de ser una llama humana hasta transcurridos varios meses. Durante este tiempo, que pasó la mayor parte inconsciente, fue llevado al quirófano más de diez veces. Las ocasiones en que estuvo a punto de morir fueron incontables, como incontables fueron después los momentos en que deseó morir.

Había sido uno de los supervivientes de aquella explosión nuclear que arrasara toda una ciudad de casi medio millón de habitantes. Donde antes se levantaba una urbe, ahora tan sólo quedaban unas ruinas ennegrecidas; donde antes vivían miles de seres humanos, ahora tan sólo agonizaban algunos insectos.

Barsén, en una habitación aislada, aguardaba su destino.

—Soy un contaminado... —repetía incesantemente.

Viéndose en el espejo, era incapaz de reconocerse.

(—Quien se refleja, no soy yo. Es otro. Ni tan siquiera un ser humano...).

Su cuerpo, deformado al máximo, le causaba horror. Un horror casi sobrenatural, imposible de vencer. Principalmente, porque su mente estaba intacta, porque no había sido

afectada, porque razonaba y comprendía. Era la desesperación de la desesperación, la angustia de la angustia.

(—Monstruoso...).

Un ser monstruoso, pero también peligroso.

Podía contaminar, podía crear más horror, podía devorar a los demás con su radioactividad, podía sembrar la muerte.

Tenía que permanecer aislado.

(—¿Para siempre?).

La respuesta le llegó una mañana, cuando le fue a visitar el director del centro médico, convenientemente protegido por un traje ultraespecial.

—Aquí no puede continuar. No podemos hacer más por usted. Y necesitamos las habitaciones para otros, para esos otros que constantemente nos están llegando. Nuestra misión ha finalizado. Ahora, otros se harán cargo de usted, de todos los que ya consideramos tratados por completo.

—¿Dónde me llevarán?

—A Babel.

—¿Babel?

—Sí. Es el nombre de una ciudad.

—Nunca he oído hablar de...

—Está en la Luna —le interrumpió el doctor—. Una ciudad especial para cuantos son... como usted. Allí, al menos, no se sentirán solos. Y quizá, al ser todos iguales...

—Nos conformemos, nos acostumbremos, ¿verdad? —ironizó Barsén.

—Comprenda, es lo mejor. Por una parte, podrán rehacer su vida, aunque esto le parezca ahora como una burla. Por otra parte, no contagiarán a las personas que están sanas. Aislados, podrán vivir...

—Y dejar vivir —dijo Barsén, con un tono de grave amargura—. Se nos destina a una ciudad como si no fuéramos seres humanos. Claro que, es posible que ya no lo seamos. ¿Acaso no le produzco asco, horror?

El doctor no le contestó. Se limitó a entregarle una tarjeta.

—Desde ahora será Barsén... y este número.

—Un número... Barsén Número... Sólo un número...

—Al menos, vive. Otros, en cambio...

—Han tenido mejor suerte. Han muerto... y los muertos descansan en paz. ¿Por qué no nos exterminan?

—Quizá en un futuro se les pueda curar...

—Un noble interés...

—Quizá no sea tan noble —dijo el doctor, pensativo—. Piensan que tal vez sea posible contar con sus servicios en el futuro... Porque esta guerra no tendrá fin...

—Sí, doctor; sí que lo tendrá. Será el fin de todo, de todos. La humanidad ha querido destruirse y lo está consiguiendo.

—Barsén, procure ser feliz.

—¡No me haga reír! Feliz... Ni los sanos ni los enfermos pueden ser felices. Unos, porque ya están malditos, porque ya casi ni son seres humanos; los otros, porque temen convertirse en cualquier momento en lo que yo soy... La felicidad no existe. La felicidad la hemos asesinado nosotros mismos, doctor.

—En Babel, estoy seguro, pensará de otra manera.

—Allí, ¿quién nos cuidará?

—Los robots.

—Claro, a ellos no les podemos contaminar, ni se asustarán de nuestra presencia, ni les importará nuestra amargura...

—Lo siento, debo irme. No tardarán en venir a buscarle.

El doctor parecía indeciso, como si fuera a añadir algo más. Pero se fue, dejando a Barsén hundido en sus desesperados pensamientos.

Barsén Número aguardaba en una larga fila a que se abriera la compuerta de la nave que los trasladaría hasta la Luna. Todos los que formaban la fila eran igual que él. Contaminados...

—Apestados...

Vigilados por guardianes vestidos con trajes ultraspeciales apenas se atrevían a hablar, apenas se atrevían a mirarse.

Barsén Número se fijó en el ser que estaba tras él. Era una mujer, había sido una mujer. Su cuerpo estaba terriblemente deformado. Pero, sus ojos...

(—En sus ojos hay algo, algo especial —pensó Barsén Número—. Dentro de este horror, esos ojos traen dulzura...).

—¿Cómo te llamas?

—Prisca... Ahora, Prisca Número —respondió la mujer.

—Yo soy Barsén Número. ¿Estás sola?

—Sí.

—Entonces, quédate conmigo.

Prisca Número asintió. Barsén Número pensó que debía haberse tratado de una mujer delicada, hermosa, sensible. Por un momento, deseó protegerla, volvió a ser lo que antes era.

(—Pero, ya no soy humano... —se dijo).

La nave les llevó a la ciudad lunar de Babel. Una urbe regida por robots. Una urbe fría, toda de hierro y de cemento.

—Si al menos hubiera un jardín...

—¿Para qué quieres un jardín?

—Era jardinero.

Se sumaron a otros que ya la habitaban. Y comenzaron una nueva existencia, un intento de supervivencia.

Pasaron meses, transcurrió un tiempo imposible de medir.

Barsén Número y Prisca Número vivían en un habitáculo, procurando olvidar el pasado (—Es imposible) existiendo en aquel presente sin confiar en un futuro.

Hasta que un día, hasta que en una artificial amanecida, Barsén Número despertó creyendo que todo volvía a ser como antes.

Porque algo ya casi olvidado, desconocido en Babel,
llegó hasta él.